

# LA CALLE VACIA Y OTROS CUENTOS

Marco Aguirre

Vino Patricia Vargas, vino sonriendo y nos habló del cosmos. . .

Hubo.

Hubo en un pueblo de escasos habitantes una adolescente inquieta y vivaz llamada Marni; bueno, así la llamábamos por exóticos, su verdadero nombre es Marina, o como tú quieras que se llame. Yo quise que se llamara Marina porque su temperamento es fresco, ágil y grande como el mar. Ella tiene el alma blanca como nave y sabe reír y sabe cantar.

Quiero pensar que eran tres, cuatro y cinco sus amigas: Susi y Elisa Piedraseca y Liliana Rocaflaca y Elia Perestrello y sus amigos somos: Felipe, Paulino, Guillermo, Miguel y Rolando, pero esto ya parece una interminable lista escolar y sé que te voy a cansar con tanta descripción; claro que si tienes paciencia, podrás enterarte de que todos ellos viven o vivían o vivieron en una villa muy tranquila.

Eran veinte, veinticinco calles en retícula.

Primero, de sur a norte: Lirios, Arce, Ciprés, Jacarandas, Secoyas, Cedros, Amarantos, Avenida del Sauce, Abeto, Encino, Oyamel y Sabino.

Después del oeste hacia el este: Roble, Lampazos, Ruibarbo, Espliego, Araucaria, Nogal, Calzada del Pino, Sasafrás, Saúco, Abedul, Algarrobo, Espinaca y Esquiseto.

Al norte la Calzada del Pino remataba en una plaza circular de la cual se desprendían dos avenidas muy anchas: la de San Felipe, con dirección norte y la del Ferrocarril, hacia el noroeste.

Al centro de esta plaza se yergue una gran fuente con siete estatuas de bronce. En su periferia hay un hospital y una escuela; un kilómetro más allá, la estación del ferrocarril, con ruedas y palos rotos y siete vías herrumbrosas y durmientes polvosos y carcomidos y guardafrenos y guardacruceiros y ocho casetas.

La manzana formada por las calles de: Encino, Oyamel, Lampazos y Roble, era un llano lleno de llantas y botes y latas viejas de "Calmex", piedras y zacate y en un sabino arcaico de ese lugar, un letrero de "Toronja Garci-Crespo" apedreado.

Ahí jugaban los niños beisbol.

Más allá está un terreno baldío con chufas y milpas sembradas y los escuincles a menudo se cuelan por entre los alambres de púas para robarse las mazorcas, pero apenas lo ve don Melquiades, que es el encargado de cuidar el predio, les grita y les dice hasta la despedida: ¡Ora!, pinches chamacos, no chinguen las chufas, lárquense o me los agarro a chingadazos, y los chicos se chufan y escapan.

Melquiades es un viejo hirsuto, chiclán y chiflado que viste a calandrajos, y en estos casos se traga su coraje y se retira contoneándose con sus zapatos sin agujetas; uno café y otro negro.

Como negros trabajan Felipe, Miguel y Rolando.

¿Dónde viven ellos?

Viven en la calle de Amarantos.

Pero te quería decir que se pasan día y noche sin descanso, sobre sus restiradores,

encorvados, dibujando. Pero algún día se liberarán y viajarán hacia una playa poblada tal vez por un sol de girándula, por un sol industrial, incalculablemente placentero.

Y algún día verás a Rolando llegar a su estudio empuñando un hacha de metal bruñido que se desplomará sobre el restirador el cual se hará pedazos, pedazos que volarán como confeti, llenando el espacio por donde Rolando habrá de caminar, porque él caminará lejos, muy lejos, hasta perderse en el punto de fuga de una calle muy ancha y muy larga.

Marni ha dicho que perderse es llegar a la culminación.

¿Cómo que perderse es llegar a la culminación?

Sí.

Te perderás cuando te hayas realizado, cuando hayas tenido un hijo al cual hayas podido enseñarle muchas cosas. Le enseñarás a aceptar la muerte, le enseñarás a no depender de nadie y lo abandonarás; entonces él será feliz y tú también porque habrás aprendido a aceptar el devenir.

Tu hijo, seguirá por su propio camino y tú te perderás en aquel punto brumoso donde brota el arco iris, donde nace la aurora o donde muere la tarde de pálida sangre. Allí te perderás como se pierden las nubes en los días calurosos de verano, como aquel día en el que llegó a esta ciudad de San Felipe una chica como de diecisiete años, como que llegó invitada y como que llegó en avión y de pronto miró hacia una puerta de tambor, de madera ponderosa, en esa puerta estaba recargado Rolando y no había visto a la visitante por estar pensando en sus proyectos, fue entonces cuando ella le dijo:

¿No me has visto?

Y fue entonces cuando él contestó:

No te conozco pero... sé bienvenida.

Rolando alzó la vista y como que vio el humo de las chimeneas fabriles y como que el humo se mezclaba con las nubes y como que iba a llover y alzó un poco más la cara y llovía.

La lluvia es un símbolo extraño que une a la gente y eso es cierto porque ellos muy pronto se identificarán, y algún día los verás sentados junto a una fogata en el bosque de noche plenilunar, y se tomarán las manos y correrán bajo la lluvia, y después se irán a contemplar los chorros verticales de aguas de colores y al salir de una fiesta, viajarán a la montaña para mirar desde ahí la ciudad de luces infinitas y luego navegarán en un lago mirífico y más tarde, caminarán hasta perderse en una perspectiva, gris, metálica, aérea con manchas amarillas y él expresará:

Algún día del verano me amaste y te amé, pero no sé si era la noche o la mañana de un embrujo.

Tú eras una hechicera y tu hechizo era más grande que una fuente con danzantes de bronce y tu hechizo era como el agua clara y yo había tomado agua algún día del verano.

Pero tú eras mi aurora y yo era un extraño, pero quise pensar que eras sólo mi amiga y te tuve que amar y tú fuiste mi amante algún día del verano.

Y verdes eran las hojas de los árboles y el pasto y el campo, pero tus ojos estaban impregnados de humo verde y mi cuerpo estaba impregnado de deseo, pero el humo aligera la sangre, verde era el verano verde, y tú eres como el viento, porque eres blanca y te evaporas, porque eres como los fantasmas, porque tienes la piel suave y eres sádica, pero yo froté tus poros con la piel de mis manos y para mí fuiste real algún día del verano.

Ahora eres un recuerdo agradable y lejano, ahora eres una leyenda que nació con la lluvia.

Mi niña era más joven que la primavera, mi chica tenía labios rojos como la amapola y yo tenía el corazón abierto como mar.

Yo no la conocía, ella vino de un lugar que está más allá del Río Bravo, y cuando nos visitó, yo quise ser buen anfitrión y la complací en todo lo que pude, la complací en todo lo que quiso y ella me quiso a mí y por eso nos quisimos con desquicio exquisito algún día del verano.

Calor en el cuello, sudor en las ingles, piel suave y amable, golosina fantástica y tetradimensional, muchacha inaudita, eres como el volframio.

Aquella mi luna, la de cabellos largos, era un ciclón de pasiones.

La brisa ecuorea de una fuente de piedra y azulejos, inspiró a Rolando a rodar como rueda; y por eso no es extraño lo que dicen las gentes, y cuentan que lo vieron durante varios días buscando mora, y eso es cierto porque yo también lo vi.

Su madre lo reprendió, pero él se había vuelto loco y no hizo caso. Se burló de la sociedad y se olvidó de las costumbres.

Y él era desconcertante, porque había ocasiones que no hablaba una sola palabra, era austero y meditabundo y otras veces reía esquizofrénicamente durante todo el día y se solazaba diciendo que todos éramos fichas en un tablero de ajedrez.

El que se enamora puede perder comentaba sonriendo; sin embargo, todo mundo se burlaba de él. Pero Rolando insistía que éste era el juego más divertido de todos los que existen.

Y es así como el mundo estaba escandalizado por cosas tan nimias.

Ella, la luna, era como el huracán que todo lo destruye, era neurótica y súbitamente explotaba como volcán. Las gentes no la comprendían.

Yo sólo recuerdo que ella necesitaba comprensión y como en este mundo nadie comprende a nadie. . . la vi silenciosa y pensativa, la vi revolverse en nistagmas lejanos y por fin la vi marcharse algún día del verano.

Durante aquellos días Marni analizaba la conducta de Rolando, porque has de saber que Rolando y Marni se conocieron envueltos en la tarde de silencios del parque y enlazaron sus almas como sus pensamientos.

Tendrán un rostro gris en el otoño, un rostro gris y con ojeras y fundirán sus cuerpos y escucharán el ruido de las calderas. . . y ellos mismos ya saben que tendrán un rostro gris cuando se mueran y no sienten temor, porque la muerte sólo es la transición de la materia.

Morirse equivale a cambiar de forma y servir para otro fin, morirse es dejar de sufrir y liberarse en un instante, morirse es perpetuar el ciclo rítmico del cosmos, además debe ser tan interesante como los recuerdos.

—¿Como los recuerdos?

—Sí, como los recuerdos.

Si ahora mismo dejáramos fluir suavemente por nuestra mente los días archivados en el subconsciente, de inmediato tendríamos la imagen de las calabazas o mejor dicho, de las piñatas con forma de calabaza, cargadas de harina y jícamas y dulces "Luxus", esas que tanto divertían a la chamacada durante las pasadas posadas, y me acuerdo que estaban presentes: Luis, y Liliana y Arturo que era quien sujetaba la cuerda de la piñata y me acuerdo de la enorme burrada que cometió al soltar la cuerda, y digo burrada porque la dichosa piñata anaranjada se hizo añicos al estrellarse con la cabeza dura de Rolando, y éste quedó como arlequín y por eso Marni lo conoció, porque ella era extremadamente curiosa y se le acercó para contemplar de cerca su blancura de plenilunio artificial, de plenilunio de harina.

—¿Qué chistoso te ves! —le dijo Marni.

—¿Te estás burlando de mí?

—No, sólo digo que te ves chistoso.

—Pero Arturo me las va a pagar.

—¿Qué no es tu amigo?

—Sí, somos amigos, él nos dispara el cine todos los días de la semana, de lunes a viernes.

—¿Cómo?

—Verás; todas las tardes en el patio de mi secundaria se acostumbra jugar a los volados, y Arturo es de los mejores jugadores, casi siempre gana, y es por eso que a menudo nos invita al cine, a Luis y a mí, nosotros eccedemos de buen grado y es así que los tres nos jalamos las clases y nos vamos al cine; de preferencia a don de exhiban películas eróticas.

A la hora del intermedio, cuando prenden las luces, nos llevamos una gran sorpresa, porque la mayoría de los espectadores son compañeros de la escuela.

Los minutos del intermedio son los momentos del gran barullo, todos se paran en las butacas y gritan. Nosotros departimos mientras jugamos balero; un "cien" o un "quinientos", yo casi siempre los dejo cortos, porque a meter capiruchos no me gana nadie. A veces no concluimos la competencia, pues nos apagan las luces y la sala se transforma en una gran chimenea; todos prenden su cigarrillo aun cuando esto está prohibido.

Si surgen problemas, nos ayudamos mutuamente.

Por eso te darás cuenta que somos amigos, sin embargo Arturo me las va a pagar.

A Marni le causó risa aquella plática tonta, además estaba muy satisfecha porque había

saciado su afán exploratorio, tan propio de ella que era adolescente.

Desde entonces se conocieron, desde entonces se veían en el parque lleno de bicicletas y campanadas de la iglesia románica que ya nadie visitaba, ni siquiera los perros.

Todos los moradores de San Felipe eran y son ateos, no había un solo creyente y la razón era obvia, ya no era época de creencias, ésta se había quedado atrás ya desde entonces.

Recuerdo que Marni vivía en la cerrada del Nogal. Su casa tenía muros blancos y tejas verdes en las techumbres y estaba ubicada en un rincón pardo y onírico.

Por entonces Rolando vivía en la privada del Sabino, su casa quedaba frente a un terreno baldío y en el terreno existía un gran árbol del cual pendía un columpio hecho con mecates y una tabla de madera de ocote.

Recuerdo también que tiempo más tarde, cuando Rolando se cambió a la casa de la calle de Amarantos, comenzaron los disturbios políticos.

Por aquel tiempo Rolando fue muy afecto a excursionar por las zonas arqueológicas.

Tal vez quería desentrañar algún misterio inescrutable, quizá deseaba saber el origen del dolor del hombre, o posiblemente la verdad del momento histórico que le estaba tocando vivir y comprender la magnitud de su responsabilidad; porque sabía bien que todos los hombres tienen un compromiso con la historia y es por eso que me llega el recuerdo de aquel sueño real y lejano, de cuando Rolando aquella tarde de huracanes, en la plaza ceremonial de Tula se encuentra con una anciana de estatura baja, muy baja, encorvada, mucho muy encorvada, como de un ciento de años, que viene caminando desde más allá de las montañas, y viene subiendo la colina con su viejo bastón quemado en un extremo.

Es una figura negra que se acerca, una figura tapujada con raídos rebozos negros, negros como la profundidad de su mirada de milenios, como si se tratara de un fantasma, de los de *Tollan*, de los que conocieron a *Quetzalcoatl*. En su alma trae una fuerza lejana, inmemorial, que la impulsa, que la anima.

Rolando, tras los cactus de flores amarillas, la acecha como bestia feroz, ávido de arrancarle el alma cuajada de misterios y experiencias; con un ansia inaudita de extraerle los sesos.

Dos contrastantes figuras pululan en medio de la soledad fantasmal de la ciudad tolteca. Porque todavía es ciudad, porque aún se oyen ecos y se encuentran guaraches y vasijas y porque dicen que en las noches de primavera, de vez en cuando se aparece el dios Quetzal-serpiente. Aquel que vino del cielo, aquel que un día como éste se marchó para siempre por donde sale Venus.

Dicen que se fue volando incendiado por una luz mercurial, iridiscente, y que esa mancha luminosa se fue alejando hasta convertirse en estrella, y ahí está todavía, en los cielos. Ahí está *Tlahuizcalpantecuhtli* en *Tlillan Tlapallan*, en el más allá que sólo puede ser visitado por el corazón y para allá va esta viejecita que va cruzando por el Juego de Pelota.

Rolando la detiene y le dice:

—Buenas tardes, señora.

—¿A dónde va?

—Lejos.

—¿No me deja tomarle una fotografía?

—¿Para qué?, si ya me voy a ir al camposanto.

—No importa, señora, déjeme tomársela.

—No Güero, no. . .

—Ya va a llover Güero.

—Sí, va a llover y usted se mojará.

—Eso ya no me importa Güero.

Y después de unos minutos. . .

—Se está mojando mi cámara con el chubasco. Discúlpeme, señora, pero ya me voy, no olvidaré sus palabras.

—Adiós Güero.

Y Rolando echa a correr y la pobre vieja, sola como grano de arena, perdida en el universo, con su paso lerdo y lento y su bastón y sus achaques, bajo la lluvia atraviesa la gran plaza y se empapa y el agua se desliza por los surcos profundos de sus arrugas, como si le llorara el cuerpo entero y sube las escalinatas, decidida, como si estuviera enamorada de las piedras y se enfila hacia un lugar que ya no existe y Rolando la ve perderse en la

lejanía, bajo la lluvia.

Viejita del diálogo breve y conciso, viejecita de las palabras simples y profundas, ancianita de la piel de pergamino color cobre. ¿Ya te vas a *Tlillan Tlapallan*? No quiero que te mojes mucho, no quiero que te empapes de sangre como los estudiantes caídos en la plaza del Sauce.

Eran los estudiantes de octubre, del octubre de un año que todavía siento escurrir entre los dedos, de un octubre agudo y crítico y lleno de pancartas que expresaban descontento, porque ya estábamos cansados de imposiciones e injusticia, por eso empezó todo; por todo. Y una tarde de tolveneras y nubarrones veloces, salimos de la escuela de la calle de Cedros una nutrida ola de manifestantes, salimos caminando en dirección poniente hasta llegar a la calzada del Pino, volteamos hacia el norte, cruzamos Amarantos y llegamos a la calle del Sauce, a donde está la plaza principal.

Nos acompañan estudiantes de los pueblos vecinos, de tal manera que ahora somos tantos y estamos tan seguros, que poblamos la plaza con murmullos, y esto da lugar a que comience el mitin.

Después de un buen rato, el sol se oculta y yo le digo a Marni que presiento algo malo y justamente entonces, una luz verde proveniente de Marte o de Saturno, se precipita sobre nuestras cabezas y aparecen soldados armados con metrallicas y disparan sobre nosotros.

Cunde el pánico y todo mundo corremos azorados.

De pronto no veo a Marni ni a nadie, yo solamente corro, y por donde lo hago corre sangre, sangre roja y espesa y detonan las balas y no sé cómo he salido de la plaza y no sé cómo es que estoy vivo.

Me encuentro a Guillermo y me dice que Marni está herida y me imagino lo peor. Me dice que una bala le pegó en la palma de una mano, pero que fue de rozón y no hay peligro, pero luego me sacude desesperadamente y a gritos me dice que han matado a Elia Perestrello y siento que me rompen la pleura y siento que me orino de rabia y el sudor se me escapa hasta por los cabellos y no puedo tragarme la saliva y ¡carajo!, ya no puedo hacer nada, ya no puedo hacer nada, ya no pude hacer nada, no pudimos. . . y todo sólo por pedir democracia, por exigir justicia, por querer que no hubiera más miseria.

Queríamos desterrar la represión para siempre, quisimos tantas cosas y fue tan crudo saber que el amor había sido brutalmente reprimido por las calles, que todavía hasta ayer eran nuestras, calles que ahora estaban tan vacías como el invierno en las montañas, pero como tú sabes, todo pasa y ese día de oprobio pasó, como pasaron las golondrinas y los silbidos de las locomotoras y el ruido melancólico de trenes y el humo de calderas ominosas.

Así pasó.

Todo esto fue la causa de un desenlace amargo:

Marni se volvió taciturna y se acusaron profundamente sus ojeras.

Rolando se tornó saturnino y sumamente neurótico y la angustia se le incrustó en el cardias, como espina cuadrada ya que no volvió a ver a su musa encantadora a pesar de que un día y muchos más le expresó que la amaba. Claro que no se lo dijo con palabras sino con miradas, pero Marni veía para otro lado, ella quería volver a Urano su planeta de origen, quería, según su itinerario, hacer escala en la constelación de Acuario, su constelación, y por eso una tarde como ésta, saca de su cómoda una caja en la cual hay una mariposa, la mariposa que Rolando le regaló una mañana de noviembre, fresca y liviana como las fragatas.

Y mientras la chica contempla al singular insecto, un rayo de sol se filtra por la cortina verde olivo y creo que esto hace que ella empiece gradualmente a disminuir de tamaño hasta alcanzar el de una semilla de limón.

No sé cómo es que la aterciopelada mariposa cobra vida y permite que Marni se le monte, para salir volando por una de las ventanas de la alcoba.

Nadie la vio partir montada en su lepidóptero fantástico, nadie la vio surcando la atmósfera de San Felipe, nadie la vio atravesar las calles salpicadas de liláceas jacarandas, nadie la vio perderse en el púrpura horizonte vespertino, nadie, ni siquiera yo mismo.

Marni dejó sobre el buró una carta que hasta hoy sigue cerrada, carta que algún día, no sé cuándo, Rolando escrutará.

# UN CORSO TRISTE Y UNA CRISANTEMA

Patricia, déjame inventar un cuento, un cuento un tanto triste pero ameno.

Suponte que el encéfalo humano contiene una pequeña cantidad de todos y cada uno de los elementos químicos existentes en la naturaleza.

Ahora bien, te hablaré de las ondas que irradian los cerebros. Estas son de colores, por ejemplo: plateadas si provienen de la plata, doradas si son de oro, azules las del cobalto, verdes las del cromo, rojas todas aquellas que son originadas por el litio, y así como éstas hay infinidad de ondas.

Pero hay ciertas frecuencias por las cuales se mezclan todos los colores que pueden existir, y a estas ondas, los científicos de Plutón les han llamado Escarcha W.

Estas ondas sólo son irradiadas por personas muy especiales, como tú.

Ahora permíteme contarte que paseando por un bosque sombrío, me encontré con un cervido ágil y curioso; él mismo platicó que los zoólogos lo llamaban corzo.

Más adelante vi una crisantema, la más grande que he visto en mi vida.

Patricia, ahora escucha: sólo a ti te voy a confesar un secreto, a ti que trasmites ondas Escarcha W.

Sé que lo entenderás.

Bien; yo soy un individuo absolutamente loco pero desoladoramente cuerdo, y me acuerdo del día en que me enseñaron que hay caminos cortos y caminos largos, y que algunos de ellos son confluentes.

Ahora mismo te relato todo:

Caminando aquel corzo por los empedrados matutinos de los días nublados, en la víspera de una eclosión fantástica, vio pasar junto a él a una crisantema más brillante que un sol, pero no la pudo seguir porque todavía no era la alegre hora de salir a la calle y la vio alejarse.

El corzo tenía una herida en la garganta, y en busca de alivio dio con una hechicera como de unos cientociencia años de edad, ella le dijo que un día sanaría esa herida y que poco a poco la cicatriz se le iría convirtiendo en esmeralda, sí, en una esmeralda transparente al grado de dejar ver los cartílagos de la tráquea —y ése será el signo señal— le dijo —para que marches en busca de la crisantema que viste pasar un día de septiembre, a las doce del mes, sin reloj en la mano, y darás con ella, te lo juro, porque recuerda siempre que lo perdido será encontrado. Además a ella le gustan las esmeraldas; y otra cosa, sus caminos confluyen.

Veo en mi mente cómo se tocan tangencialmente después de descender esa colina. ¡Ah!, pero tú tendrás que apretar el paso, porque de no hacerlo, puede caer la bruma del norte allá por la media tarde y entonces mi estimado corzo... ya no la verás nunca y morirás de nostalgia.

En el orto de la estrella mayor de todo el universo, cuando las constelaciones formen una cruz recrucetada, verás desfilar ante ti todas las flores. Entre ellas estará la crisantema Escarcha W; la de septiembre, y pasará junto a ti sin percatarse de que existes.

Pero apenas dada la hora del hipnotismo, entra en trance plenario y comunícate con ella para siempre.

—Pero para entonces tal vez ella no me recuerde. —Pues le diras que en el camino; dejó atrás una casona de madera, en cuyo jardín de pastos altos y hojas secas había olvidado, y que la fachada principal daba a una calle vacía y también háblale del árbol junto a la escalinata de acceso y de la barda herrumbrosa y torcida, y te recordará. Yo sé que te recordará.

Patricia, me hubiera gustado decirte. . . no sé qué. . . es que te quise decir tantas cosas. . .

## FUNERAL NAVIDENO

En estos momentos asisto a un funeral.

Llevan en una enorme caja a un viejo obeso, canoso, con una larga barba anaranjada.

Es Santa Claus, el legendario personaje del trineo, el de las carcajadas.

Yo soy el asesino que le segó la vida, yo lo maté con mis palabras. Lo maté por injusto y burlón.

Yo le apagué el motor al montañés barbado, porque todos los años cuando acaecía el invierno, salía de un almacén, regocijante, a burlarse de todos los niños miserables, de los que se consiguen un periódico viejo para usarlo de cama y de sarape, de los que se agazan o se acurrucan en cualquier rincón, sobre las jambas de cualquier puerta en las gélidas noches decembrinas, cuando el helor relente cristaliza la hemoglobina.

Yo maté a Santa Claus; pero no a Nicolás de Bari el verdadero anciano lleno de bondad, tampoco me refiero a Nicolás de Flue el ermitaño suizo conocido mejor como: el hermano Klaus y posiblemente no le hice el menor daño al folklórico Padre Noel. No; yo maté al otro, al goloso, al grotesco, al inventado por el tío Sam.

He visto a más de ochenta niños deambular muertos de hambre por las céntricas calles cuajadas de esferas y luces. Los he visto embobarse frente al escaparate, contemplando juguetes y verdes oyameles de opulento ropaje; los he visto llorar.

¡Ah!, pero siempre por estas fechas y por entre la gente y casi en todas partes, retumba esa risa dantesca y fatal, la del rechoncho abuelo de traje de escarlata con botas de charol.

Por eso, por un día de éstos, creo que era el veinticuatro, sentí tanto coraje por la parcialidad, que saqué de mis dientes mis filosas palabras y se las arrojé, y con tan buena suerte que le pegué en el vientre al magnífico rubio del costal, al falso Nicolás.

En estos momentos asisto a un funeral y simultáneamente, acompañado de un millón de gendarmes, asisto a un tribunal. Me van a condenar, yo soy el homicida, yo maté a Santa Claus.

Nadie me lo perdona.